



# EXALTACIÓN

## *NUESTRA SEÑORA DEL MONTE* PATRONA DE CAZALLA DE LA SIERRA

SANTUARIO DE SANTA MARÍA DEL MONTE  
CAZALLA DE LA SIERRA  
3 DE AGOSTO DE 2024

José Manuel Fernández Fernández.



*A mi hermana*



## PRELUDIO

Ya ha llegado agostos paisanos,  
ya está aquí el mes soñado,  
ya casi es pasado,  
el prelude vivido cada tarde,  
al compás del rítmico soniquete  
que los caballos han ido pregonando  
por el adoquinado.

Ya hemos ido llenando este Monte  
con promesas cumplidas hechas ramos,  
colocadas entre velas encendidas  
en este altar desde muy temprano,  
traídas antes de que el calor apriete,  
para no quemarnos los pies,  
al caminar descalzos por el asfalto.

Ya nos inscribimos y ya sabemos  
hasta el lugar que nos ha tocado.  
Ya tenemos la medalla limpia,  
el sombrero de ala ancha,  
los zahones engrasados,  
el traje de flamenca listo y colgado,  
y los amigos y familias  
con los que compartiremos la alegría  
de ese día tan señalado.

Ya el coro de romeros,  
lo tiene todo listo y ensayado,  
las sevillanas nuevas que  
Sate y Antonio han preparado,  
al son de las guitarras, que,  
con cadencia y compás,  
van a desgranar los secretos del alma,  
para cantarlos ese día  
como rezo a la Madre Celestial.

Ya reluce la plata del templete  
y el oro de sus campanillas tintineantes,  
y es un faro brillante el remate que lo culmina,  
que no podría ser otro que la portada del Carmen.  
Son mujeres que, con fervor,  
han dejado como espejos  
su trono de amor,  
de Chaparros y Marmolejos.

ya casi han abierto las flores rizadas,  
que cada día de julio  
han ido cultivando primorosas manos,  
para embriagar su carreta con perfumes de nardos.

Ya todo está listo,  
ya está todo preparado;  
las collarejas relucientes  
de esquilas y cascabeles dorados,  
y los fajines albicelestes  
primorosamente planchados,  
que lucirán dos majestuosos bueyes,  
con frontiles en la frente  
de espadañas coronados,  
para anunciar como llega a Cazalla  
la Virgen del Monte,  
entre olivares, álamos y castaños.

Ya está la cal nueva  
luciendo en las fachadas,  
ya cuelgan los mantones,  
en balcones y ventanas  
ya suena a gloria  
el repique de todas las campanas,  
para anunciar en la sierra,  
con tamboriles y gaitas,  
melodías de aguardientes, roscos y palmas,  
que es segundo domingo de agosto por la mañana.

Siempre Cazalla detrás de Ti Madre Nuestra,  
porque Tu eres nuestra estrella.  
Tu nuestro faro que nos guía,  
en las noches de tinieblas.  
Tú la que sanas nuestras heridas.  
Tú la de la mirada tierna.  
Tú la Madre eterna.  
Tú la que siempre escuchas y perdonas.  
Tú la nueva Eva.  
Tú la más Inmaculada.  
¡Tú la mujer más bella!  
Tú eres nuestra Patrona  
¡Cazalleros, vamos a cazalla con Ella!



## LAS FAMILIAS DE CAZALLA LA MANIFESTACIÓN DE MARÍA

¡Hoy es un día muy especial! Hoy en este Santuario y a los pies de este altar, Cazalla se reúne en una gran familia, para rendirse a las plantas de la Santísima Virgen del Monte.

Sí, hoy es un día especial porque en este acto, una familia de este pueblo tiene el privilegio de representar a todas las familias de Cazalla y expresar el significado de este maravilloso vínculo secular que es MONTE y CAZALLA.

Sí, hoy es un día muy especial, porque los miembros de mi familia, los presentes, los ausentes y los que me precedieron, están aquí, junto con los vuestros, aquellos que nos transmitieron esta llama devocional a nuestra Patrona, así como nosotros lo hacemos ahora con nuestros hijos, sobrinos y nietos.

En esta noche inolvidable, ¡Qué dicha y que honor, poder compartir este sentimiento! ¡Que viva nuestra fe y que viva nuestra devoción por los siglos de los siglos!



Todo comenzó el día en que un humilde pastor, cuyo nombre no ha trascendido, encontró en este bucólico paraje, la imagen bendita de la Virgen. Sorprendido por el hallazgo, la guardó en su alforja y se la llevó a Cazalla. Sin embargo, al llegar a su hogar, descubrió con asombro, que la alforja estaba vacía.

Al día siguiente, impulsado por un extraño presentimiento, regresó a este mismo lugar, y aquí estaba de nuevo la imagen sagrada. La leyenda dice que este prodigio se repitió dos veces más, hasta que, al tomarla de nuevo en sus manos por tercera vez, brotó agua del lugar donde estaba posada.

Sin dudarlo, corrió hacia Cazalla, y las autoridades, junto con el pueblo, acudieron al lugar del hallazgo. Todos entendieron el mensaje: la Virgen deseaba que su imagen permaneciera en este sitio, consagrándolo como un lugar de encuentro entre Dios y los cazalleros, tal como en el Monte, Moisés contempló a Dios a través de la zarza ardiente que no se consumía. Así reconocieron en este prodigio la manifestación de la Virgen María.

Me he preguntado muchas veces cómo sería aquel portentoso momento, en el que una persona humilde y sencilla, protagonizó tal suceso. Esta leyenda, cuyos orígenes se remontan al medievo y es similar a otras apariciones, cobra fuerza en el siglo XV, cuando Cazalla empieza a ser más que un castillo vigía, rodeado de frágiles viviendas, en un paisaje más inhóspito, salvaje y despoblado, pero con un cielo más luminoso. Desde entonces, los cazalleros vienen hasta aquí, a uno de los lugares más hermosos de la sierra, para implorar la protección de la Madre de Dios.

Ese pastor, primer testigo de esta maravilla, se pierde en el misterio del tiempo, sin embargo, la leyenda cobra vida cada año a primeros de agos-

to, cuando un cazallero, al igual que aquel humilde hombre del campo, corre hacia vosotros y con el corazón lleno de emoción, os habla de su fe y de la devoción a la Santísima Virgen del Monte, compartiendo su experiencia espiritual. Esa es la esencia de la exaltación, narrar desde lo más profundo de nuestro ser, el prodigio de la aparición de la Virgen en cada uno de nosotros.



## EL NOMBRE DE MONTE

Y Cazalla escogió MONTE para nombrar a la Madre de Dios, el sobrenombre que resuena de una manera muy especial porque, en su significado, se halla la más profunda manifestación del Creador. Y es que, en lo más alto de los montes, donde el cielo y la Tierra se encuentran, ahí han tenido lugar los momentos más trascendentales de la historia de la Salvación.

En el Monte Moriah, Abraham estuvo dispuesto a sacrificar a su hijo Isaac, como una muestra de fe y obediencia a Dios. En el Monte Horeb Dios se manifestó en la zarza ardiente a Moisés, y en el Monte Sinaí, le entregó los diez mandamientos. En el Monte Tabor, Cristo se transformó, su rostro resplandeció como el sol y sus ropas se volvieron blancas como la luz. En el Monte Eremos, pronunció las Bienaventuranzas, y en el Monte Calvario fue donde derramó su sangre sellando una nueva alianza de perdón.

Y aquí, en este MONTE, María se manifestó para indicarnos que, en el camino de la vida, no hay nada más importante que el amor, porque el amor es Dios mismo. Sí, queridos paisanos, el amor, en toda su extensión, es el don más grande que tenemos los seres humanos, es el motor del mundo, nos hace generosos y felices y nos ayuda a superar las dificultades de la vida. El amor, es la fuerza que nos crea, el bálsamo en la enfermedad y la compañía en la soledad, porque el amor no es egoísta, y no guarda rencor. Por eso el nombre de MONTE es amor.

En el vasto lienzo de la humanidad, impera una dolorosa injusticia y la esperanza desaparece para aquellos que arriesgan su vida huyendo de la miseria, el hambre y la guerra. Estos seres humanos, cargados de vida, sueños y esperanzas, se enfrentan a travesías mortales, cruzando mares traicioneros en frágiles pateras, buscando un MONTE en el horizonte.

Sin embargo, la justicia de Dios, tan proclamada, parece ausente en las aguas del Mediterráneo, donde tantos seres humanos, mueren olvidados en la inmensidad del mar, y aquellos que logran sobrevivir, son a menudo tratados como inferiores y despojados de su dignidad. Pero los cristianos, los hijos de la Virgen del Monte, debemos recordar que Ella misma, José y Jesús, también fueron inmigrantes, huidos y considerados extranjeros, porque buscaron otras tierras para vivir, protegerse y prosperar.

Pero no solo es la pobreza la que impulsa estos viajes desesperados. En muchos rincones del planeta, la guerra desgarrá pueblos, dejando a su paso destrucción y sufrimiento. Familias enteras son desplazadas, y niños que crecen entre escombros, miseria y balas. También la sombra de la discriminación se cierne sobre aquellos que, por su condición sexual, son perseguidos y marginados. Ser diferente, amar diferente, se convierte en un motivo de miedo constante y opresión.

Acercar el MONTE de amor y solidaridad a tantos inmigrantes y refugiados, es más nece-

sario que nunca. No debemos olvidar que sus sacrificios son más adversos, a los que se enfrentaron muchas familias de Cazalla, en tiempos no muy lejanos, que también abandonaron su pueblo en busca de trabajo.

Con el MONTE en nuestros corazones, abracemos a los vulnerables y demos voz a los silenciados. Trabajemos juntos para erradicar las causas profundas de la migración forzada, la pobreza, la guerra y la discriminación, para que Europa sea un MONTE de esperanza, de refugio y de nuevas oportunidades. Que Cazalla sea tierra de acogida, y nuestros corazones amen sin fronteras, porque ese es el verdadero significado de MONTE.

Monte, virtud de pureza,  
de cuerpo y alma,  
en su bendita Concepción.

Monte, humilde y obediente,  
al aceptar la voluntad de Dios  
en la Anunciación.

Monte, en la boda de Caná,  
plena de misericordia y compasión.

Monte dolorosa,  
llena de amargura y sola  
a los pies de la cruz.

Monte gozosa,  
en el Domingo de Resurrección.

Monte Carmelo con escapulario marrón,  
en su procesión.

Monte de paz, unidad y reconciliación.

Monte consuelo y esperanza,  
que ofrece a los que buscan  
su intercesión.

Monte que proclama la justicia de Dios.

¿No son estas suficientes razones para justificar  
por qué Cazalla eligió el nombre de Monte,  
para llamar a la Madre de Dios?

Monte es manantial de consuelo infinito.

Monte es familia, es solidaridad, es compartir,  
es cariño, es buena vecindad y verdadera hermandad.

¡Qué bien te nombró Cazalla  
desde el día de tu aparición!



## LA PRIMERA VEZ

¡Siempre hay una primera vez! Hubo un niño curioso e inquieto que, con pocos años, se aventuraba a explorar Cazalla. En cada calle, rincón y camino, encontraba la belleza del pueblo donde vivía, y disfrutaba al volver solo al punto de partida, con la emoción de sentirse parte de lo que descubría. Fue así como se fue enamorando del lugar al que pertenecía.

La primera vez que visitó la ermita, no lo hizo solo, sino en compañía de una mujer extraordinaria, María Sánchez Pernía. Ella lo guio en su primer camino por una carretera de pequeñas historias y trochas escondidas, que envolvían de misterio esa novedosa experiencia.

¿No recordáis muchos de vosotros aquella trocha,  
en la que te adentrabas casi a hurtadillas?

¿Ese misterioso camino con su fuente,  
entre zarzas y madre selvas escondida,  
que cubierta por una tapadera, levantabas  
para hundir el viejo corcho y beber su agua fría?

¿Ese misterioso recodo que  
comenzaba pasado Alamares y que,

por una vereda estrecha,  
te adentrabas en una vaguada sombría?

por allí pasó aquel niño,  
de la mano de María,  
sorteando una pequeña huerta de habas  
que a los lados de la vereda crecía,  
hasta llegar a un puente de madera,  
que aún fuerte permanecía,  
para cruzar al otro lado del regajo  
y entre castaños, reencontrar de nuevo el tramo,  
que hasta el chorro les conduciría.

Esa trocha, ahora perdida,  
fue el último vestigio del antiguo camino  
que sus mayores recorrían,  
antes de construir la carretera  
cuando se acercaban a la ermita,  
y por allí, por allí mismo,  
a la Virgen del Monte traían a Cazalla,  
y de Cazalla a su ermita volvía.

Y sin esperarlo, la Cruz del Chorro se alzó ante ellos. Una atalaya regada por un manantial de agua fresca, que se derramaba a borbotones entre viejos ladrillos, para transformarse en un canal fresco y rápido que, entre juncos y chopos, como un río contenido, corría hacia el inmaculado Santuario. Aquel estrecho cauce de berros y agua cristalina era un obstáculo que tuvieron que cruzar, sorteando algunos peñascos, estratégicamente colocados, si querían bajar por la empinada vereda que los llevaría a ese Monte misterioso, un tesoro, el lugar más hermoso que tiene Cazalla.

Entraron por la casa de la santera, una morada sencilla, con paredes pintadas, mitad ocre y mitad cal. Ella misma les abrió la puerta de acceso a la iglesia desde la sacristía, y los ojos de aquel niño se abrieron asombrados. Quedó maravillado ante tanta monumentalidad y be-

lleza, embriagado por la intensa fragancia de las azucenas, que en mayo parecen florecer en el mismo altar. Le parecía imposible que algo tan grandioso pudiera existir, y mucho menos que él lo descubriera ese día.

Aún faltaban algunos años para que la luz eléctrica llegara a la ermita, por lo que la nave de la iglesia apenas estaba iluminada por algunas velas de promesas y la claridad de esa tarde de primavera, que irrumpía desde el mismo camarín, para extenderse en pequeños reflejos, por todo el dorado del retablo. Él contempló esa escena sobrenatural de la imagen de la Santísima Virgen del Monte, de la que tanto le hablaba su madre.

Qué responsabilidad ser la santera de la Virgen del Monte. Una labor que no puede ejercer cualquiera, porque ella te lleva a la presencia de la Virgen, es la que acerca las ofrendas, la que sabe de nuestras penas, la que besa cuando da la bienvenida y la del adiós esperanzado. ¡Qué honor más grande ser la santera de la Virgen! Y como Cazalla la quiere y la respeta.

Tampoco se le olvidó la primera vez que tuvo algo de la Virgen en sus manos. Tres trocitos de hilos de oro del manto, que encontró trabados en el paso procesional, almacenado en el cuartón de los pasos de la parroquia, donde muchos chavales del entorno jugaban escondidos. Aquellos hilos los guardó como una reliquia, y aún los conserva en una pequeña caja de metal, testigos de esa posesión sagrada.

Con especial ternura y agradecimiento recuerda la primera vez que cogió con sus manos la imagen de la Virgen, siendo un monaguillo, cuando, tras la procesión de septiembre, se colocaba en su altar, vestida de celeste y plata.

El entonces hermano mayor, Manuel Rosendo, le hizo subir para que fuera él quien la apoyara sobre su peana. Fue la primera vez que la sostenía entre sus brazos. Sintió su fuerza, su amor, su divina cercanía... ¡Qué sensación más indescriptible!

Han pasado los años y ese niño, hoy ya adulto, recuerda ese momento, que perdura como una chispa de emoción en su alma, y a la vez le recuerda que siempre hay belleza y aventura, en cada primer paso que damos.

Tocar, acariciar, abrazar, curar...Creemos que los milagros son sucesos prodigiosos y sobrenaturales, pero cuesta creer que Dios se haga presente en medio de nosotros de esta manera. Creo más que Dios, por mediación de su Bendita Madre, obra a diario miles de milagros que pasan inadvertidos.

A estos prodigios cotidianos, todos estamos invitados a participar. Lo hacen a diario buenas personas en cualquier situación y lugar. Los médicos, el personal sanitario, los voluntarios de las ONG, las religiosas, las Hermanas de la Cruz, los profesionales de Ayuda a Domicilio, los familiares cuidadores y tantas y tantas personas, que día a día dedican su tiempo y corazón, a remediar las necesidades de los demás, o simplemente, cuando alguno de nosotros damos amistad y cariño.

En cada gesto de amor y en cada acto de generosidad, ahí están las manos de la Virgen, las que tocan y transforman la vida de aquellos que más lo necesitan.

Las caricias, los cuidados, las miradas, la compasión son las respuestas a los suspiros que salen de nuestros corazones cuando atribulados y perdidos exclamamos: *“Ay, Virgencita del Monte”* y Ella siempre acude a nuestro lado, en la generosidad del otro.

Y ahora, permitidme que me dirija a otras manos muy especiales, la de las camareras de la Virgen:

Manos que adornan su carreta  
para llevar a Cazalla  
ese trocito de sierra.  
Manos siempre dispuestas  
a servir a la Virgen más bella.

Manos de amor puro,  
manos que le ponen flores y velas,  
que cuidan sus vestidos  
y sus mantos y coronas de Reina.

Qué suerte la de sus camareras,  
por estar siempre a su vera.



## LA ROMERÍA DEL CIELO

Una cosa quiero deciros, cazalleros,  
cuando llega agosto,  
Cazalla celebra dos romerías al mismo tiempo,  
la de la Tierra y la del Cielo.

Y en ese camarín de la gloria,  
Conchita Arnaud, Carmen Sánchez,  
Monte Abril y Pepita Delgado,  
a la Virgen del Monte le han puesto,  
un vestido bordado,  
que con mil primores le han hecho,  
con un traje de luces,  
de Joaquín García, el torero.

Y la Virgen, después de mirarse en los espejos,  
el Niño le ha dejado a Carmela Rojo,  
para que Rosi la peine de nuevo,  
y Jesús, que conoce esos brazos maternos,

la mira y sonrío, mientras Paco Benítez  
le coge las manitas al rey de los cielos,  
y Carmela, emocionada, se lo come a besos,  
mientras Fernanda Nosea le pone,  
al Divino Infante, unos zapatitos nuevos.

Y en todo este ajeteo,  
Rosi ya le ha hecho un moño,  
con su pelo moreno,  
donde resaltan los pendientes turquesas,  
que Pura, la del Peliche,  
le trajo una tarde de febrero.

Y para cubrir su divina cabeza,  
le ha traído Consuelo Ramos,

una mantilla blanca de nieve,  
con los gozos de los débiles,  
que Santa Ángela y sus hijas,  
con su amor han tejido.

También la Virgen lleva en su cintura,  
una estrella, y el Niño un lucero,  
son María Carrasco e Iván,  
el sobrino del santero.

Y esmeraldas, pulseras, broches y medallas,  
con nombres y fechas en el reverso,  
¿Cómo no se va a poner la Virgen estos aderezos,  
sí en cada uno de ellos van promesas,  
van ruegos, lágrimas, enfermedades,  
alegrías y sueños?

Son ofrendas de sus hijos,  
que han buscado en la Madre del Monte,  
consuelo, y por eso Ella va de reina,  
con corona y con cetro,  
porque es reina de esta sierra,  
y emperatriz del Universo.

¡Qué belleza! Cuando la Virgen,  
sube al templete de nuevo,  
y Pedro de Tena le escribe en su peana versos,  
en ese trono excelso,  
donde habitan las perdices y culebras,  
escarabajos, hormigas, arañas,  
ratoncillos y conejos,  
también liebres y peces de río, cangrejos,  
águilas, mirlos, gorriones,  
buitres, búhos y jilgueros,  
abubillas, aviones, golondrinas,  
abejarucos de mil colores y cuervos,  
lagartijas, salamanquesas, ranas y ciervos,  
racimos de acebuches,

blancas jaras engarzadas con romero,  
y retamas salpicadas de tomillo,  
con bellotas y cantueso,  
orégano, zarza y cardo borriquero,  
lilas, margaritas y azucenas,  
con lirios silvestres, peonías,  
orquídeas y flores de almendro,  
conforman tu templete,  
desde esta tierra, hasta el mismo cielo.

Todo te cobija, Señora,  
porque también eres Patrona de todos ellos,  
esta sierra es tu reino,  
todos tenemos los mismos derechos,  
a convivir en armonía,  
porque todo es creación del Padre Eterno.

La carreta de la Virgen es de flores blancas,  
rizadas por ángeles de este pueblo,  
que ya están con Ella,  
en esos cerros eternos,  
pero este año por primera vez,  
también lleva flores de libros abiertos,  
hechas por Mari Carmen Pérez,  
que ya está en el cielo.

Y no faltan las guirnaldas,  
que Angelita y María Sevilla,  
sentadas al fresco,  
han engarzado con besos,  
para que se derramen este día,  
desde tu templete,  
sobre todos los romeros.

Y si no es bastante con esto,  
también lleva la carreta,  
cuatro esquinas hechas de nardos,

por Antonio Fernández Caballero,  
que llegaron en la Bética,  
donadas por Manuel Perea,  
y traídas hasta el Monte,  
por Jesús el Torta,  
en su carro ligero,  
para perfumar este trono regio.

Y Antonio Alonso,  
entre idas y venidas,  
bajadas y subidas,  
preparando el momento,  
ha entrado en el camarín,  
y a la Virgen le está diciendo  
unos de sus versos:

*“Madre del cielo,  
reina de Cazalla,  
eres mi desvelo,  
mi corazón estalla,  
cuida de los romeros  
desde tu atalaya”*

Y en el rosario de las cuatro,  
entre misterio y misterio,  
también Nice, la de Valentín,  
canta letrillas de devoción  
y amor por su pueblo,  
y como letanía, cuenta la historia  
de la medalla de la Virgen,  
que llevó en su exilio hasta Francia,  
escondida en su pecho.

Y frente a la puerta de tu ermita,  
en los poyetes, tu gente,  
te cantan, te rezan  
y con pétalos de rosas,  
te dicen piropos,

bajo un toldo de brisas frescas,  
en el que Manolo  
ha pintado un firmamento,  
con el nombre de Monte en el centro,  
para que no se olvide en esta tierra,  
que MONTE es el nombre perfecto.

Y aquí me reitero,  
porque Monte es madre,  
es agua, es tierra y es cielo,  
es flor eterna, es jara y es romero,  
es noche estrellada,  
es amanecer bello,  
es lluvia en otoño,  
es puerta del cielo,  
es arca de Dios,  
es paz, manantial de pureza,  
es alegría, es consuelo,  
es rosa mística,  
y es refugio y salud de los enfermos,  
¿Quién dice que Monte  
no es el nombre perfecto,  
si así es como siempre  
la han llamado los cazalleros?  
Por eso Monte no debe olvidarse,  
Porque Monte suena a pueblo.

Ya Antoñito con su hijo,  
sus eternos carreteros,  
han acollarado a los bueyes,  
pacientes y mansos al tiro,  
para llevarte a Cazalla,  
en tu carreta engalanada,  
de oraciones y rezos.

Con varas y estandarte,  
ya preside D. Manuel

y tu Junta de Gobierno,  
con Rosendo, Antonio Falcón,  
Paco el de Jiguerón, los Sevilla,  
Antonio Comino, el Concho,  
Ángel Nosea, e Ignacio López Cepero,  
y delante, con los caballistas,  
va Pepe Cornello abriendo el cortejo,  
porque siempre en tus venidas,  
te han escoltado jinetes a caballo,  
también con mulas y arrieros,  
otro tesoro cazallero.

Y en la rueda izquierda,  
como siempre,  
tu Morrongo ya en el cielo,  
que, con paso acompasado,  
con buen ritmo,  
va cantándote fandangos y tientos,  
al compás de su palo coronado,  
con la bandera de España y el romero.

Detrás de tu carreta, Señora,  
bajo ese manto celeste de firmamento,  
van promesas de mujeres y madres,  
de fe fuerte y amor sincero.  
Va Antonia la morronga,  
Dolores y Ana Morón,  
Angelita la de Juan Andrés,  
Sole y otras tantas del Chorrillo,  
del Carmen y del Barrio Nuevo.

Y el Niño en tu regazo,  
juguetón y travieso,  
se revuelve para atrás contento,  
mientras ellas le estiran los brazos para cogerlo,  
apoyando sus manos trabajadas  
en los pliegues del manto de terciopelo.

Ellas, Virgen del Monte,  
no verán tu cara sonriente en El Chorro,  
cuando el maestro Pavón,  
con su guitarra acompañe,  
a Algarrada cantándote su Salve,  
ni cuando Antoñito,  
tu carreta pare  
en la curva de la Cuna,  
antes de dar ese empujón  
para llegar a Alamares.

Tampoco en los Álamos de la Cruz,  
cuando la luz todo lo bañe,  
sin saber si es del mismo Sol  
o brota de tu alegre sonrisa,  
al ver a Cazalla en el horizonte.  
Si, Señora, ellas de promesa  
no ven tu hermoso rostro,  
iluminado por el sol agosteño,  
ese domingo por la tarde.

Ellas solo verán tu cara morena,  
cuando ya estés en tu pueblo,  
y te vuelvan tus hijos en el atrio del templo,  
para despedirte de tus romeros.

Y cuando atrás quede el rosario de montañas,  
que cobijan tu blanca ermita,  
y el silencio vuelva otra vez  
a esa ladera bendita,  
Tú ya estarás por los Forosos,  
viendo a Carmelito Fernández  
dar de beber a tus bueyes,  
para subir ese repecho  
de eucaliptos, encinas y castaños,  
rodeada de tus hijos que, cantando,

pregonan tu grandeza y tu belleza,

diciéndole con orgullo al mundo entero  
que eres la madre de este pueblo cazallero.

Y en Alamares otra vez,  
todo se para,  
porque allí Manolo Sánchez Pernía  
a la Virgen le canta:

*“Jara y romero, romero y jara,  
qué bonita tienes, Monte, la cara”*

Y en esta espera melódica,  
en el puesto del Murillo,  
la caballería descansa,  
mientras Paco Mancha y Carmen Centeno  
cantan y bailan por sevillanas.

Y en la huerta de Crucita,  
como lo han hecho siempre,  
están Fernando, Enrique el francés,  
y Modesto, que de guasa,  
con Antonio el chino y Fernández,  
comentan, mientras la Virgen viene,  
el sainete del “Burro Corto,”  
que en el cine de Angelito representaron,  
para la Escuela de D. Leonardo,  
un sacerdote muy querido  
por todos los cazalleros.

Y decidme, paisanos,  
si no es arte el de este cura,  
que ya es un santo del cielo,  
cómo se las apañó en Cazalla  
para subir a un escenario  
a un burro y dos arrieros,  
y con una bota de vino

recaudar fondos  
para dar estudios a los jóvenes  
de Cazalla y otros pueblos.

Queda atrás tu santa carretera,  
y culmina la espera gozosa  
de tu gente en el Moro,  
un paraíso vegetal,  
que para Cazalla es un tesoro.

Y antes de que canten la salve,  
mientras Carmen la Primorosa  
va repartiendo refrescos,  
José el de la Felipa,  
desde su jaca alazana,  
alzará su voz al pueblo,  
y recitará con mucho arte:  
*“Era una hermosa mañana,  
de vino, palma y solera,  
caminaban las carretas  
por la alegre carretera,  
forrás de clavel y rosas,  
de la hermosa primavera,  
donde tiene su casita,  
la Patrona cazallera”*

Y Antonio Carmona,  
con su placa de municipal,  
a la comitiva va ordenando,  
pues al Judío hay que llegar  
con la última luz del día,  
y puedan contemplarte, Señora,  
todo el gentío que te aguarda  
entre aquellos peñascales,  
arenales y pizarras,  
Carmelina, la de los Piñero,  
Concha Diz, Elo Domínguez,

Angelines, Lola Marín, Escolástica,  
Manolo, Elías, Tere Pacheco,  
Saluita, Rafael, Luis,  
José Mediasardina, Angelita,  
Carmen la del Gallo,  
Julia, Rosario, Lali,  
Antonia, Miguel, Fali,  
Lolo, Antonio y Fernando,  
Josefa, Mari, Concepción,  
Monte, Carmen y tantos.

Y en la casilla del Chochero,  
también la cantera te está esperando,  
con zarcillos de corales  
y peinecillos de contrabando.  
Todos hijos tuyos que,  
con alegría te cantan,  
al reencontrarse de nuevo en el cielo,  
viviendo la romería de Cazalla.

Y a los sones de la banda,  
María Guillén, con su hijo de la mano,  
por la calle Canalo vienen bajando,  
con un ramillete de amapolas rojas,  
recogidas esa mañana en el campo.

Y para tu entrada triunfal,  
el Chiqui ha pintado de blanco  
todas las calles de Cazalla,  
y Manolo Ruda ha colgado  
banderolas y guirnaldas,  
y macetas de geranios.

¡Qué recorrido más bonito,  
el de la Romería de Cazalla!  
cómo la Virgen se va deteniendo  
en puertas y ventanas,

y antes de tirar por Olivillas,  
tu carreta se detiene de nuevo,  
porque has visto que Patro quiere cantarle  
a tu Niño una nana,  
mientras en Juan de Lora  
abrazas a Oscar Nogales y su hermana.

Vas radiante e iluminada,  
con esos soles que Rafael Santos y Luis Morena  
han puesto dentro de tu templete,  
para que se vea tu cara  
cruzando el Paseo del Carmen  
para bajar por la calle Llana.

Allí, Antonio López en un lienzo plasma  
esa divina estampa,  
a los sones de la marcha  
que Leopoldo el médico te dedicara  
y que Isabel Maguillo oye con deleite  
asomada a su ventana,  
mezclándose con el repicar de la campana  
que las monjas del convento tocan  
cuando estás en su morada,  
abierta de par en par,  
con la hermana de Lucía  
y las demás de la Doctrina Cristiana,  
que en esa misma puerta te saludaron,  
en los años que estuvieron en Cazalla.

Y en la casa de los Arnaud,  
ahí te espera Elena llena de alegría,  
porque ya está con los suyos  
en esta eterna romería.

Todo queda en silencio  
en este último tramo de la calle Llana,  
cuando la Virgen levanta su mirada,

porque desde el balcón más alto y blasonado,  
Eduardo Peruchena con su acordeón  
llena la noche con una jota navarra,  
y es que, también San Fermín  
quiere acompañar  
a la Madre Soberana.

Y si triunfal es tu paso  
bajando por la calle Llana,  
¡qué señorío y arte  
cuando por La Plazuela pasas!  
Donde los jazmines de los patios  
suben por los tejados  
para echarse a la calle  
y perfumarte la cara.

Y en la anchura de la casa de Pilar Durán,  
el coro de campanilleros de D. Antonio Jesús,  
con Eugenio, Manolo, Rafael Falcón,  
Manolito Nosea y otros más,  
al trino del pajarito, empiezan a cantar  
*“a la paloma que bajó del cielo  
y en nuestra parroquia vemos entrar”*.

Por Cervantes la Virgen asoma ya,  
sobre un mar de sombreros que, al compás,  
van pidiéndole a los carreteros  
que la vuelvan a parar,  
para que Javier Portero,  
en la puerta de la farmacia, la vea llegar.

Qué emoción la de la Tarama,  
cuando ve por su casa  
a la Virgen pasar.  
Y para Pili Cornello,  
mil recuerdos le asaltan  
cuando ella de amazonas

a su vera la escoltaba,  
desde la ermita hasta el Moro  
y desde el Moro hasta la Plaza.

Ya está el Porrás en la revuelta,  
entre El Peso y El Concejo,  
y dos lágrimas por su cara se derraman  
cuando a la Virgen se acerca  
y pone en sus plantas,  
las varas de nardos  
que ha cultivado con su mujer  
en su terraza.

Ahí está tu plaza, Señora,  
engalanada con mantones de manila  
y colgaduras amarillas y blancas.  
Ahí te espera todo el pueblo de Cazalla,  
pero antes de que enfiles por calle Parras,  
la Bibi, con sus Antonio del brazo viene  
para lanzarte besos,  
de esos que rompen el alma,  
cuando se encuentra de frente  
con la hermosura de tu cara.

Y otra ventana, Virgencita del Monte,  
al comienzo de la calle Parras,  
donde te espera esa mujer  
que, sin poder verte,  
siempre te ve guapa  
y te reza una Avemaría,  
con las manos en la reja agarradas.

Y tus carreteros, con qué maestría  
manejan las aguijadas,  
para hacer esa revirá por Aire,  
con tu carreta de plata,  
y Joaquina disfruta en el balcón de su casa,

desde el comienzo de la calle,  
cuando atrás queda Parras.

*“Ya estás muy cerca, Señora,  
pero por la estrechez de la calle  
no puedo verte la cara”*

solo las esquinas del templete rozan su fachada  
y una florecilla de las guirnaldas colgadas,  
en el balcón de Joaquina se queda enganchada,  
que ella recoge para secarse las lágrimas,  
mientras le dice a la Virgen,  
*“mañana iré a verte temprano,  
cuando a solas estés con Mercedes la limpiadora,  
en la iglesia mayor de Cazalla,  
para lavarle a tu Niño  
los churretes de su cara,  
con esta florecilla impregnada con mis lágrimas”.*

Como golpean los badajos  
el bronce de las campanas,  
fundidas el día de tu Función  
en fraguas gitanas,  
dentro de los arcos mudéjares  
de nuestra torre cristiana,  
sí hasta la campana mayor,  
la más grande y la más alta,  
María del Monte se llama.

Por fin, Señora, el andén alcanzas  
y una vez más tus hijos te llevan en volandas,  
compartiendo su sitio  
como hermanos que son,  
y porque es lo que a Ti más te agrada.

Pero antes de que el dintel de la puerta se eleve,  
para no tocar tu trono de nácar,  
allí mismo estos jóvenes  
te vuelven para la plaza,

y es entonces cuando Neguillo,  
que ya no puede aguantarse las ganas,  
hinchida de emoción su garganta,  
arranca los ¡VIVAS!, a la patrona de Cazalla,  
mientras desde el coro,  
María Frías una plegaria te canta,  
acompañada por el clarinete del Carmona  
y la guitarra de D. José Camba.

Y es aquí donde Eleuterio Alegría,  
ya tiene escrita la crónica de la jornada,  
para que mañana salga publicado,  
en la prensa del alma  
y que lleva por titular,  
**Otro año más, la Virgen del Monte,  
está de nuevo en Cazalla.**

He dicho.

**¡VIVA LA VIRGEN DEL MONTE!**

José Manuel Fernández Fernández  
Cazalla, 3 de agosto, 2024

